

Delbosco, Paola

Las muchas fuentes del conocimiento y la educación

The many sources of knowledge and education

Revista Teología • Tomo LIII • N° 120 • Agosto 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

DELBOSCO, Paola, *Las muchas fuentes del conocimiento y la educación* [en línea]. *Teología*, 120 (2016). Disponible en:
<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/muchas-fuentes-conocimiento-educacion.pdf>> [Fecha de consulta: ...]

Las muchas fuentes del conocimiento y la educación

SUMARIO

En ocasión de celebrar el bicentenario de la independencia argentina es bueno echar una mirada a la educación, en el seno de la cual se ha ido gestando la identidad argentina. La figura del maestro ha sido central para forjar a los ciudadanos del nuevo país, siendo la fuente del conocimiento y de las habilidades necesarias para una convivencia pacífica y operosa. Sin embargo, las nuevas tecnologías de información y comunicación obligan a repensar el rol del docente. Hoy es indispensable que las TIC se sumen con toda su potencialidad a la tarea educativa, no para reemplazar a los maestros, sino incorporando su capacidad de adultos para formar criterios frente a la abundancia y variedad de los contenidos. Los adultos a cargo tienen también la responsabilidad de formular y ayudar a que se formulen las preguntas más indispensables para encontrar la salida de los errores y defectos de nuestro mundo. Docentes y alumnos pueden ser ambos protagonistas de la creación de ese mundo nuevo.

Palabras clave: Educación, identidad cultural, TIC, nuevo rol docente, criterio

“THE MANY SOURCES OF KNOWLEDGE AND EDUCATION”

ABSTRACT

The bicentennial of the Argentinian Independence is a good opportunity to have a look at education, through which our identity as argentinians has been forged. The figure of the teacher has been central in shaping the citizens of our country, as the source of knowledge and the skills required for a pacific and fruitful coexistence. Nevertheless, the new technologies of information and communication make it necessary to revisit the roll of the educator. Today it is indispensable that the TIC contribute with all their potentialities to the task of education, not in order to substitute for teachers, but to incorporate their capacities as adults in the development of criteria to manage the abundance and variety of contents. Grownups in charge have also the task

of posing –and helping others pose– the most basic questions regarding the way to overcome the mistakes and defects of this world. Educators and students can both be protagonists in the creation of that new world.

Keywords: Education, Cultural Identity, TIC, New Roll of Educators, Criterion

La educación nunca se ha problematizado tanto como en nuestros tiempos, cuando muchas voces se levantan para advertirnos que la familia y la escuela, lugares tradicionales para la transmisión de hábitos y conocimientos, son en realidad las principales causantes de la atrofia de la creatividad y originalidad de niños y jóvenes.¹ Las alternativas que se proponen como reemplazo de escuela y familia varían tanto como los modelos antropológicos sucesivamente utilizados, explícita o implícitamente, en los cimientos de una organización social. Sin embargo, pese a la puesta en tela de juicio de cómo actualmente se desarrolla el proceso educativo, hay suficientes evidencias que nos indican que educar sigue siendo necesario. Lo bueno de nuestro tiempo es que nos vemos obligados a pensar de nuevo cómo hacerlo.

1. La educación y la identidad argentina.

Rememorando los comienzos, como es oportuno en esta celebración del bicentenario de la Independencia de Argentina, vemos que el tema de la educación figuraba ya en 1816 en las propuestas a los congresales respecto de las *materias de primera y preferente atención*,² porque el comienzo de una nación independiente debía constituir

1. Ver al respecto el sugestivo libro de J. TAYLOR GATTO, *Underground History of American Education*, New York, Oxford, 2003, disponible en la web en la traducción de Juan Leseduarte, Barcelona 2007. Se trata de un ácido rechazo a la escuela pública, que de manera irresponsable trata de homogenizar y esterilizar a las espléndidas capacidades individuales de los niños. No coincido, pero soy receptiva de las críticas. Interesante y mucho más cercana a nuestra realidad resulta también la crítica constructiva del cap. 9 “Reinventar la educación” del libro de S. BILINKIS: “*Pasaje al futuro*”, Buenos Aires, ed. Sudamericana, 2014. El cap. 9, por expreso deseo del autor, está gratuitamente disponible en la web, prueba de su genuino interés en ser de ayuda a los docentes para un cambio adecuado.

2. Me remito aquí al texto presentado al Congreso de Tucumán por la comisión de diputados que integraban, entre otros, Gascón, Sánchez de Bustamante y Serrano; en el temario se proponían en diecisiete puntos las tareas definidas como “*Plan de materias de primera y preferente atención para las discusiones y deliberaciones del Soberano Congreso*”, y en el punto doce, entre otras prioridades a atender, se menciona a la educación.

también una oportunidad de desarrollo de las personas en un ámbito cultural propio.

Lejos de proponernos dar un panorama completo de la historia de la educación argentina, tenemos aquí una excelente oportunidad para corroborar que *no hay fundación sin proyección*.³ Podríamos añadir también que *no hay proyección sin responsabilidad*, siempre que uno haya desarrollado la conciencia de hacerse cargo de su propia – pequeña o grande – intervención en la vida de los demás y quiera honrarla prefiriendo siempre los impactos positivos.

Entonces resulta claro por qué la grave – es decir, *trascendente* – decisión respecto de la educación implica tener en claro qué ser humano se educa, qué cosa vale la pena transmitirle del pasado y hacia qué futuro hay que inflamarle el corazón. En esa decisión trascendente – en sentido temporal, generacional y metafísico – no puede comprometerse toda la persona del educador. Todo eso estaba implícito en la mención, en el Congreso de Tucumán, de la educación como uno de los temas que necesitaban una acción prioritaria, porque se daba en el momento en que los congresales decidieron optar por la independencia del país respecto de una Europa que, justo entonces, parecía haber dado la espalda a los ideales republicanos que los inspiraban, por lo menos a muchos de ellos.

Argentina, en ese momento fundacional, además de elegir la libertad, debía decidir también cuál era su *esencia*, y la educación probablemente iba a ser uno de los lugares de definición de tal *esencia*. La educación pública iba a ser también el ámbito en que los habitantes del país recién nacido pudieran identificarse como argentinos.

Esto me trae a la memoria una frase que confieso que en su momento no entendí bien. Fue en mi paso por la escuela primaria en Italia, mi país natal; se comentaba, en esa ocasión, la expresión de Camillo Benso conde de Cavour, primer ministro del rey Vittorio Emmanuele II di Savoia y uno de los artífices de la reunificación de Italia en 1861.

3. Al respecto dice la gran pedagoga italiana María Montessori, en su última obra *La mente del bambino, Mente assorbente*, Milano, ed. Garzanti, 1952-1999, 15: “Rendiamoci conto che il bambino é un operaio e che il fine del suo lavoro é produrre l'uomo.[...]il problema sociale dei riguardi dell'infanzia va considerato di ben maggiore importanza, perché il lavoro dei bambini non produce un oggetto materiale, ma crea l'umanità stessa”.

Cavour dijo: “Hemos hecho a Italia, ahora hay que hacer a los italianos.” La clave para la italianidad iba a ser justamente la escuela pública, accesible y obligatoria. Para eso ya existía desde el 1859 la ley Casati, que proponiendo la educación primaria obligatoria trataba de sanear el 80% de analfabetismo con que la nueva nación se iba a encontrar después de la reunificación. Fueron necesarios 50 largos años para lograrlo.

La identidad de una nación tiene en la escuela una gran aliada, cuando es un ámbito de real crecimiento y cuando es posible también una recepción crítica de la historia del país, no para destruir, sino para reformular todo aquello que no produce una sociedad justa.

Argentina ha tenido siempre el gran desafío de crear su propia fisonomía a partir de herencias culturales visiblemente distintas, a menudo en pugna entre sí y con desiguales posibilidades de triunfo. Una tarea sin duda difícil, pero quizás esta dificultad todavía no superada constituya, aun hoy, un rasgo fundamental de su identidad: Argentina es un país americano, con raíces indígenas, costumbres criollas, tradiciones gauchescas, pero también con una fuerte presencia de lo europeo en su idioma, en su arquitectura, en los rasgos de una buena parte de sus habitantes: en síntesis, es un *país latinoamericano*, pero indudablemente cada país latinoamericano lo es a su manera.

En el caso de Argentina hay que añadir su extensa y variada geografía y la caprichosa distribución de su población, que si bien es entendible desde el punto de vista de la historia y de los recursos de cada región, seguramente no es propicia para un desarrollo óptimo de las personas y de las comunidades. La *macrocefalia*, propia de muchos países nuevos, en los cuales los puertos y las capitales – a menudo coincidentes– se han desarrollado y se siguen desarrollando en urbanización y población en desmedro de otras zonas, hace muy compleja la integración de la ciudadanía y el acceso equitativo al trabajo y al desarrollo, como también a los bienes culturales y artísticos. Esta situación produce una desigualdad muy difícil de subsanar desde el mismo comienzo de la vida de las personas, lo que hace más urgente una intervención educativa de calidad, pensada específicamente para las zonas rurales y periféricas. La identidad de los ciudadanos no quiere decir homogeneidad, pero la justicia requiere igualdad de oportunidades para que las diferentes capacidades puedan emerger y desarrollarse.

Seguramente esta preocupación inspiró la Ley 1420 de Educación Común (1884), por la que se determinó que la instrucción primaria debía ser “obligatoria, gratuita y gradual” para chicos de seis a catorce años de edad; por otra parte, esta ley involucraba en la acción educativa, en virtud de su obligatoriedad, a los padres y tutores de los escolares, en un esfuerzo conjunto para favorecer el desarrollo moral intelectual y físico de los futuros ciudadanos. A ese fin se enfatizaban como contenidos de la enseñanza la geografía e historia particular de Argentina y el estudio de su Constitución Nacional.

A todos estos innegables ingredientes, todavía activos y también en pugna en la cultura argentina, hay que añadir hoy la llamada globalización, que impregna cada aspecto de la vida cotidiana y que modifica radicalmente las costumbres. Es un hecho que las nuevas tecnologías de comunicación ponen rápidamente en contacto entre sí a las personas y a las culturas, generando tanto efectos positivos como negativos, permitiendo un flujo virtualmente infinito de contenidos, comentarios, imágenes, sonidos, experiencias, interacciones, etcétera, que parece haber concretamente multiplicado las dimensiones de la realidad. Un nuevo mundo. Con sus profetas y sus inquisidores.

Hoy un celular –con un poco de batería...– permite ingresar a las más grandes bibliotecas del mundo; permite resolver dudas y esclarecer puntos de vista; acorta las discusiones eruditas permitiendo alcanzar rápidamente las evidencias buscadas; traduce al idioma que sea lo que pensamos o queremos decir. Hay tutoriales para cocinar, para modelar arcilla, para ejecutar un instrumento. Hay miles de clases grabadas, sobre todos los temas posibles, dictadas por excelentes comunicadores, y completadas por gráficos y animaciones que reducen las dificultades teóricas. Hay películas, obras de teatro clásico o experimental, en la lengua que uno quiera; hay música, orquestas, danzas. Hay museos que nos abren sus puertas en recorridos personalizados y con efectos tridimensionales.

La realidad virtual, con un mínimo soporte técnico, permite lanzarnos a navegar, correr, volar entre pájaros, subir al Everest. Permite casi todo, ¡y con la sensación de estar realmente ahí! Lo más difícil es volver después a la simple y plana realidad...

2. *Las nuevas fuentes del conocimiento*

En numerosos cursos de capacitación docente a los que he asistido, cuando llega el momento de la catarsis, es unánime de parte de los docentes más experimentados la queja respecto de la poca consideración social de la que gozan hoy por su profesión. Muchos de ellos recuerdan con qué temor reverencial se dirigían a sus maestros, y cómo los respetaban y valoraban también sus padres. Claro, ¡los maestros eran la fuente del conocimiento! Siempre se les podía preguntar a ellos, pues poseían las explicaciones de las cosas, las del pasado y las del presente; sabían lo que había que hacer, decir, preferir. Decidían de qué manera honrar a la patria; definían las acciones justas e injustas; organizaban la convivencia de los jóvenes según un criterio de justicia (aunque no siempre independiente del poder vigente, hay que admitirlo).

Su papel en la sociedad era –y todavía sigue siendo en las zonas más periféricas– realmente relevante.

Y si vamos a la condición de la mujer, podemos constatar que la profesión de maestra o profesora constituyó un ámbito de real emancipación femenina, acelerando para la población femenina también otros cambios sociales, fenómeno que hoy llamaríamos “*empowerment*” de las mujeres. Todo lo hasta aquí afirmado tiene aún gran vigencia en las zonas rurales, en las que se cumple una de las condiciones señaladas por Amartya Sen⁴ para el cambio social: la mujer alfabetizada y educada produce un aumento de los años de escolarización en los hijos. Este efecto prácticamente inmediato, de una generación a la siguiente, fomenta el acceso a mejores trabajos e incrementa visiblemente el nivel de bienestar en la comunidad. En definitiva, constituye una clave tanto para la libertad personal como para el desarrollo social.

Tuve confirmación de estos efectos sociales benéficos de la educación femenina en un encuentro de docentes en Añatuya, Santiago

4. Cf. A. SEN: *Development as Freedom*, New York, Anchor Books, 1999, cap.8: *Women s Agency and Social Change*: “Here again the message seems to be that some variables relating to women s agency (in this case female literacy) often play a much more important role in promoting social well-being (in particular, child survival) than variables relating to general level of opulence in the society” (p. 198); y “The changing agency of women is one of the major mediators of economic and social change” (p. 202).

del Estero, donde resultó claro que las mujeres maestras o profesoras finalmente experimentaban una autoridad moral suficiente para inspirar respeto hacia la cultura por parte de sus hijos, y también para exigirles la necesaria disciplina para completar los estudios. De ahí la base para un sustantivo cambio social en la nueva generación.

La respetabilidad del rol del educador ha siempre tenido en su fundamento la certeza de que la educación y el conocimiento son clave para el desarrollo de la sociedad, y son también puertas abiertas para sanar las injustas diferencias entre los miembros de la comunidad humana, dando a cada nuevo integrante la oportunidad de desplegar sus talentos en beneficio de la propia vida y la de los demás.

Cuando la educación cumple realmente su cometido, es también una ocasión para corregir las disfunciones sociales, porque es un instrumento muy eficaz para compensar inaceptables desigualdades. Hay muchas evidencias de los efectos positivos de programas específicos que apuntan a permitir el acceso a la educación a individuos o poblaciones alejadas de los centros urbanos.

Un ejemplo excepcional de esto es la labor realizada por el maestro Fortunato Ramos en sus lecciones de verano a chicos y adultos de pequeños poblados esparcidos en la quebrada de Humahuaca y prácticamente inalcanzables durante el invierno. Entre sus alumnos nunca olvidaré la mención de un hombre de más de ochenta años, al que el maestro, antes de irse, regaló un diccionario ilustrado de la lengua. El verano siguiente, este muy especial alumno, al preguntarle el maestro por qué llevaba un pañuelo alrededor de su cara, le explicó que se le habían enfermado los incisivos superiores. No dijo “paletas” o “dientes grandes” sino “incisivos superiores”, como prueba de que había aprovechado al máximo el regalo y había atesorado el conocimiento que éste le brindaba. El maestro Fortunato Ramos fue la ocasión para que, a pesar de la edad, el anciano pudiera mostrar su capacidad de desarrollo. Me pregunto cómo podría haber sido su vida si ese estímulo hubiera llegado antes.

Este ejemplo de cuán relevante puede ser la docencia de un maestro para generar respuestas alentadoras en los alumnos es ilustrativo de una realidad comunitaria centrada en el maestro como fuente de conocimiento y acceso al desarrollo.

Pero hoy somos testigos de un cambio radical a partir de la disponibilidad de las redes, la nube, la información al alcance de un movimiento mínimo en el teclado de la computadora.

¿Cómo no iba a cambiar el status social del maestro, de la maestra, “la señorita maestra”, si ahora las ventanas de las aulas han crecido hasta captar al mundo entero y más allá, y no es más necesario preguntarles a ellos?

Esas ventanas no captan el horizonte de las llanuras o las montañas, los perfiles de los edificios, las arboledas o las praderas, por donde muchas veces se perdía la mirada de los chicos buscando la respuesta esquivada, o siguiendo fantásticas ensoñaciones, más atractivas que la voz del docente...

Esas ventanas, hoy, por más que aparezcan reducidas a la dimensión de una tablet o de un celular, tienen la amplitud del mundo, del universo real y del inacabable universo virtual.

No solo, parece también que las nuevas fuentes de conocimiento saben más, más completo, más claro que los docentes, con imágenes y sonidos y todo. Para colmo, no son los maestros los que mejor abren esas ventanas, y las manejan hasta extraerles la información, no, son los mismos chicos que lo hacen, además, con rapidez y con una mirada condescendiente y tiernamente solícita hacia el adulto.

¿Cuál es el rol que ha quedado para los docentes, una vez perdida la función de fuente segura de información o de acceso a los medios para obtenerla?

3. Un paseo por el bosque

La red es el nuevo bosque, lleno de flores y frutos, pero también de hongos venenosos y lobos feroces, y ahí de nuevo puede perderse Caperucita Roja.

El bosque nos atrae, nos maravilla, nos llama, nos promete; parece dilatar las dimensiones de la realidad y, al mismo tiempo, parece ponerlas al alcance de nuestra mano.

La capacidad humana para abrirse a nuevos contenidos y nuevas

experiencias disminuye un poco a lo largo de la vida, pero está siempre latente y, oportunamente estimulada, brota de nuevo. Bien lo saben los expertos de neuro-marketing, para los cuales nuestros mecanismos de respuesta prácticamente no tienen secretos: saben cómo hacer para que nosotros deseemos abrir el link, ver el video, escuchar el testimonio, y finalmente comprar algo o suscribirnos a un blog, una revista, reservar un viaje. Saben nuestros gustos en películas o series, y nos tientan con lo nuevo, pero siempre en línea con nuestros gustos. Somos fáciles los adultos. ¡Cómo lo serán los chicos!

Internet es un bosque inmenso, que ofrece compensaciones a nuestros deseos, pero que también sabe cómo estimularlos para que la búsqueda no termine nunca: de un primer resultado se abren nuevas posibilidades, cada una con sus corolarios y sus ofertas de ampliación, y más panoramas, más variantes, y más y más. No tiene límite. ¡Es apasionante, atractivo, satisfactorio, y ligeramente adictivo! Para el adulto algo de orden proviene de las ocupaciones laborales o personales, que lo obligan a limitar el uso de la computadora o del celular a un tiempo lógico. Pero no sucede lo mismo en los más jóvenes y en los niños, haciendo así indispensable la intervención de los adultos.

Además, el excesivo drenaje de tiempo producido por las distintas pantallas no es la única dificultad a considerar; el bosque virtual tiene también otros lobos feroces.

No nos referimos aquí a las artimañas de las que se sirven personas malintencionadas que, aprovechándose de la ingenuidad de los usuarios más jóvenes y crédulos, obtienen sus datos personales que después usan para fines siniestros, como fotos obscenas para redes de pedófilos o peligrosísimos encuentros.

Los otros lobos feroces pueden ser sitios fuertemente teñidos de ideologías destructivas; sitios de difusión de conductas de riesgo, de adicciones, de proyectos delictivos. No hay nada fantástico en este listado, y quede claro que es altamente incompleto, y probablemente más benévolo de lo que podría ser.

Hay además algunos *hongos tóxicos* como los sitios de información incorrecta o manipulada, los comentarios de valor muy desigual, los errores presentados en forma atractiva y falsamente científica.

¿Cómo distinguir lo nutritivo de la escoria? ¿Cómo saber si la información es correcta o no, si el que la ofrece tiene buenas intenciones o no? ¿En cuáles fuentes confiar?

Es necesario tener un criterio de distinción, y eso no es lo primero que uno posee, sino que implica un cierto conocimiento del mundo y de las personas, con sus aspectos positivos, pero también con su capacidad para la superficialidad, la fama alcanzada de cualquier manera, y finalmente para el engaño.

No hay filtros mágicos para distinguir lo valioso de lo inútil o incorrecto o peligroso, pero es posible evaluar la calidad de las fuentes.

Un primer paso indispensable para que los educadores puedan realmente ejercer su función de guías en el bosque informático, para ser formadores de criterio, es que estos adultos acepten y valoren el aporte positivo de la nueva tecnología; entre otras razones, porque vino para quedarse.

Poder acceder al conocimiento de ciento de miles de libros, millones en realidad, no es poca cosa: es la biblioteca de Alejandría sin el peligro de que sea destruida en un incendio. Es más que eso. Muchos docentes ya aprecian la posibilidad de enriquecer sus clases utilizando los datos y la ayuda didáctica disponible en la web. Al que pregunte cómo podrían hacerlo los que, por distancia u otro impedimento, están con una pobre conexión a internet, podemos decirles que ya disponemos de contenidos didácticos, frecuentemente actualizados, que se distribuyen en soportes fáciles de enviar por correo.

De este modo se está llevando a cabo un proyecto de UNESCO para los niños y jóvenes no escolarizados: *Mobile Literacy for out-of-school Children*, que provee este tipo de soporte, haciendo posible la educación prácticamente sin límites geográficos. De todos modos, el uso de la tecnología y la guía de las actividades implica la presencia de un educador entrenado. Y cuando hay acceso pleno a internet, es todavía más indispensable esa inteligente mediación.

Una herramienta muy útil para la orientación práctica de los usuarios es el pequeño manual de Barcia, Bucchianico y Calegari “*Mapa de sitios electrónicos confiables*” (2014).⁵

5. Buenos Aires, ed. SM.

El texto no está destinado a expertos en informática, sino a docentes, educadores, bibliotecarios y alumnos de nivel primario y secundario. Considero que es una excelente guía para la navegación, para aprovechar todo lo que el mundo virtual tiene para ofrecer; además de ofrecer protección frente a los *lobos* y *hongos tóxicos*, evita las pérdidas de tiempo y la recolección de datos de baja calidad. Pedro Luis Barcia advierte que “en la red están los mares y sus orillas, lo original y lo plagiado, lo condensado y lo explicitado, lo auténtico y lo arbitrario, lo espontáneo y lo refrito”.⁶ Por eso es indispensable una carta náutica para la navegación, y para establecerla – en su inevitable condición provisoria, necesitada de incesantes actualizaciones – se han usado los siguientes criterios:⁷

- Navegabilidad: hipertextualidad, buena estructura y vigencia;
- Contenidos de calidad: respaldados por instituciones, organizaciones o personas responsables;
- Actualización: periodicidad de los agregados;
- Organización: títulos, subtítulos, bibliografía;
- Múltiples soportes: acceso a información con textos, gráficos, imágenes, etc.;
- Confiabilidad: información pertinente y apta como fuente de investigación.

Es evidente que, aun especificando los criterios de evaluación, todavía es indispensable un adulto como mediador, alguien en quien es posible confiar porque no quiere lo que daña al alumno, y el alumno lo sabe. Para establecer la base de la confianza no se me ocurre ningún otro recurso que el del encuentro personal:⁸ cada niño, cada adolescente tiene derecho a crecer bajo la mirada amorosa de alguien para quien su desarrollo es importante.

6. *Ibid.* p.8.

7. *Ibid.* p.11.

8. Para ampliar esta noción ver M. P. SCARINCI DE DELBOSCO, *Educación como encuentro*, Buenos Aires, 2013, Boletín de la Academia Nacional de Educación 92-93, p. 39-48.

4. La necesidad de formar criterios.

Alguna vez quise resumir las funciones del educador, tanto dentro de la familia como en la escuela, e inclusive en el seno de la sociedad, dado que considero que todo adulto maduro, varón o mujer, tiene un cierto rol paterno o materno hacia toda persona en crecimiento (Gopnik 2009),⁹ y éste es el esquemático resumen:

- Protección/cuidado
- Atención
- Reconocimiento
- Corrección
- Estímulo

La formación de criterios necesita de la mediación de la persona que haya alcanzado cierta madurez que le permita hacerse cargo de sí misma, pero también de otros. Esta capacidad se expresa como *cuidado* del otro, preservándolo de experiencias dañinas; el cuidado puede llegar a ser verdadera *protección* –literalmente: poner bajo techo– sobre todo hacia los más indefensos. Por otra parte, es necesario que el educador esté *atento* a las necesidades y los momentos de la persona en formación, para ajustar su intervención de manera apropiada, cambiando estrategia y modalidad cuando lo vea necesario. De hecho, la educación no puede ser algo mecánico o externo, como la aplicación de una técnica. Finalmente, y cito aquí a la educadora Nel Noddings (2002)¹⁰ que menciona con el término *confirmation* lo que aquí se define como *reconocimiento*, la capacidad del educador de traer a la luz el aspecto más conspicuo del alumno: reconocerlo capaz de algo arduo es también conectarse uno y conectarlo al joven con sus mejores posibilidades. Noddings se remite a este concepto siguiendo a Martin Buber, filósofo personalista y psiquiatra, que

9. Esta misma idea es respaldada por el concepto de *alloparenting* descrito por A. GOPNIK en: *The Philosophical Baby*, New York, ed. Picador, 2009, que se explicaría así: “The particular human evolutionary trick of extended immaturity means that both parents and other adult members of human groups must make a particularly strong investment in their children for particularly long time. The return on that investment goes not only to individual parents but to the entire group” (p.192).

10. N. NODDINGS, *Educating Moral People, a caring alternative to character education*, New York, ed. Teacher College Press, 2002.

entendía que el terapeuta no puede curar si no se conecta con el *best self* del paciente. Análogamente en la educación, si bien no hay enfermos o no se trata de eso, también hay condiciones para que sea posible esa tan trascendente auto realización, que se encara cuando uno descubre en sí la capacidad. Durante el período de formación es también importante la *corrección*, hasta que el criterio de elección y de acción no se haya fortalecido y el *estímulo*, para que la eventual corrección no paralice, sino que proponga la conducta adecuada como posible e inminente.

La formación del criterio, en definitiva, implica elegir según valores: las fuentes de conocimiento se han multiplicado, y felizmente están más cerca de todos, pero es importante que los contenidos y las propuestas no respondan a intereses creados o meramente comerciales, sino que sean un aporte al bien de la persona y al bien común.

De este modo, educadores y docentes, después de haber aprendido a apreciar y utilizar los nuevos instrumentos, dinamizarán sus propuestas educativas con los excelentes recursos finalmente disponibles. Su función será acercar a los jóvenes toda la riqueza de los contenidos y de las actividades didácticas y recreativas, en un espíritu constructivo y responsable. Para dar un ejemplo, es fuertemente atractivo para un joven ver que su intervención, aunque sea mínimamente, le mejora la vida a otro; de ahí que el conocimiento respecto de situaciones de carencias o riesgo puede ser un excelente disparador de ideas para resolver problemas o por lo menos acompañar, cuando no se puede hacer otra cosa. Una vez que se prende el fuego de la capacidad altruista, no hay lugar para la pérdida de tiempo frente a las pantallas, sino que éstas son vistas como la posibilidad de acceso a una nueva forma de ser sociedad. La formación de criterios pone en el centro a la persona y a su dimensión social, y lo humano es lo verdaderamente universal, por más que se presente en ropaje cultural diferente.

4.1. *La dimensión artesanal de la educación*

Cuando los educadores asumen el riesgo de producir verdaderos encuentros con sus alumnos, no solamente despiertan en ellos las respuestas más originales, sino que los docentes mismos encuentran una poderosa fuente de inspiración en esa rica diversidad. No se trata de

propiciar el caos, a pesar de que se habla mucho del caos creativo, sino un cierto grado de libertad y sobre todo de aceptación y confianza, que permite el surgimiento de lo fecundo. La dimensión del encuentro permite que inclusive los contenidos habituales se renueven continuamente en presencia de las exigencias inéditas de cada nuevo grupo de alumnos. No se enseña nunca lo mismo si se tienen presentes las necesidades y modalidades de cada aula. Es cierto que buena parte de lo que transmitimos a la siguiente generación es “*una recapitulación abreviada del tesoro de cultura de nuestros antepasados que se nos ha legado para acrecentarlo*”,¹¹ pero esa recapitulación se renueva a la luz de los requerimientos diferentes de cada comunidad y de cada época. Ciertos problemas concretos de una determinada comunidad echan una luz distinta a las lecturas y a las actividades, a las propuestas y los proyectos, lo que hace siempre interesante el contacto con los alumnos: si la relación con ellos es un encuentro, es siempre fecunda, aun con dificultades.

Una anécdota de mi paso por la enseñanza en el secundario puede ilustrarlo. Estábamos viendo la Eneida de Virgilio, y ese día justo habíamos leído el canto IV, en que se describe la unión entre Dido y Eneas, origen del final trágico de la reina. Lo que primero me dijeron los alumnos fue que toda la escena parecía una película. Me asombró el comentario, pero me pareció absolutamente atendible, y a partir de ahí leí a Virgilio como si fuera un gran director de cine, capaz de presentar a los personajes y las situaciones con un fuerte impacto visual. Cuando pregunté qué pensaban de los dos protagonistas, un alumno me dijo: “¡Qué suerte que tuvo Eneas de encontrar a una mujer tan decidida!”. Otra sorpresa para mí, que esperaba comentarios más eruditos o poéticos; pero agradecí la sinceridad de ese adolescente por permitirme adivinar sus anhelos, que le hacían ver entre versos antiguos, la posibilidad siempre actual del amor.

Por eso lo más adecuado para describir la acción educativa es hablar de lo artesanal, lo que se hace amorosamente pieza por pieza. No es posible una educación industrializada; a lo sumo puede darse un entrenamiento colectivo o la inducción de determinadas habilidades. Pero no la educación.

11. R. ZANZARRI, *Retorica e Studia Humanitatis*, Catanzaro 1968, ed. Rubettino, p.VI, prólogo de Mauro Laeng.

Por eso mismo el trabajo del educador, tan rutinario si pensamos en el ritmo de las clases, puede variar y ser muy dinámico cuando nos dejamos inspirar por ese grupo heterogéneo de chicos o jóvenes que tenemos en frente, cada uno con sus talentos más o menos a la vista, llenos de vida, que solo piden una buena oportunidad para mostrar lo que pueden llegar a ser.

Ningún adulto que adivine esas capacidades listas para florecer puede caer en la rutina, en el aburrimiento o refugiarse en un ejercicio de la docencia vertical y frío. Involucrarnos con cada grupo y con cada persona puede resultar agotador, pero no se trata de agitarse constantemente, porque son necesarios también momentos más disciplinados o silenciosos para permitir que se aclaren las ideas y surjan las novedades. Un grupo de jóvenes inquietos es una fuente continua de inspiración para hacernos y hacerles las preguntas correctas, las que abren panoramas, las que llevan a solucionar los problemas. Y si no hay inquietud juvenil ya instalada, las preguntas son todavía más necesarias para que prender ese fuego que la vida necesita. A veces la clave para salir de una cómoda indiferencia es empezar a ver el sufrimiento de los demás y al mismo tiempo descubrir cuánto hay en nuestras manos para aliviarlo.

Por eso hoy, cuando ni siquiera está garantizada la aceptación de los contenidos consagrados, es todavía más indispensable que nosotros, como adultos educadores, encontremos nuestro lugar en la certeza de que educar significa construir con el otro el mundo futuro. Cada generación tiene una función respecto de la otra, y en este caso nos sabemos parte de una apasionante tarea, que es bueno vivir como protagonistas. Los educadores son la garantía de que no se pierda nada de todo lo bueno que los seres humanos han alcanzado en conocimientos, creaciones artísticas, soluciones tecnológicas, etc., pero la presencia de los más jóvenes nos impulsará a cambiar junto con ellos lo que no funciona, lo insuficiente, lo injusto. En definitiva, se trata de comprender que los mejores compañeros para la tarea de renovar al mundo son sin duda sus futuros habitantes.

PAOLA DELBOSCO
UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
13.04.2016 /10.06.2016